

Gabriela Vasquez

***APOCALIPSIS Y AÑO MIL: UN ESTUDIO ACERCA DE
SUS REPRESENTACIONES (SIGLOS VIII-XI)***

***APOCALYPSE AND MILENARISM: AN STUDY ABOUT
ITS REPRESENTATIONS (EIGHTH AND ELEVENTH
CENTURIES)***

Resumen

La literatura apocalíptica judía y cristiana han influido en Occidente a lo largo de los siglos. En algunos momentos, dicha influencia ha sido más fuerte que en otros, pero la idea del fin del mundo y la del Juicio Final han estado presentes en la mentalidad de las sociedades y se han manifestado tanto en los comportamientos individuales y colectivos como en la iconografía y literatura de las diferentes épocas.

En el caso de la Edad Media, la creencia en la proximidad del fin de los tiempos convivió con los hombres y mujeres de aquella época y se vio reflejada en sus pensamientos, actividades, temores, esperanzas y oraciones.

En esta oportunidad, nos ocupamos de analizar fuentes iconográficas (Beato de Liébana y Beato de Facundo) y relatos de cronistas (Abbon de Fleury, Raúl Glaber y Sigeberto de Gemloux) para comprender e interpretar las representaciones del Apocalipsis desarrolladas entre los siglos VIII y XI.

Palabras clave

REPRESENTACIONES – MEDIOEVO – APOCALIPSIS –
MILENARISMO

Abstract

Jewish and Christian apocalyptic literature has influenced the West over the centuries. At times this influence has been stronger than in others, but the idea of the end of the world and of the Last Judgment have been present in the mentality of societies and have manifested themselves both in individual and collective behavior as in iconography and literature from different eras.

In the case of the Middle Ages, the belief in the proximity of the end of time lived with the men and women of that time and was reflected in their thoughts, activities, fears, hopes and prayers.

On this occasion, we analyze iconographic sources (Beato de Liébana and Beato de Facundo) and chroniclers (Abbon de Fleury, Raúl Glaber and Sigeberto de Gemloux) to understand and interpret the representations of the Apocalypse developed between the eighth and eleventh centuries.

Key Words

REPRESENTATIONS – MIDDLE AGES- APOCALYPSE -
MILENARISM

“A ustedes no les corresponde saber el tiempo y el
momento
que el Padre ha elegido y decidido.”
Hechos 1, 7

Introducción

La literatura apocalíptica judía y cristiana han influido en Occidente a lo largo de los siglos. En algunos momentos, dicha influencia ha sido más fuerte que en otros, pero la idea del fin del mundo y la del Juicio Final han estado presentes en la mentalidad de las sociedades y se han manifestado tanto en los comportamientos individuales y colectivos como en la iconografía y literatura de las diferentes épocas.

En el caso de la Edad Media, la creencia en la proximidad del fin de los tiempos convivió con los hombres y mujeres de aquella época y se vio reflejada en sus pensamientos, actividades, temores, esperanzas y oraciones.

En esta oportunidad, nos ocupamos de analizar fuentes iconográficas (Beato de Liébana y Beato de Facundo) y relatos de cronistas (Abbon de Fleury, Raúl Glaber y Sigeberto de Gembloux) para comprender e interpretar las

representaciones del Apocalipsis desarrolladas entre los siglos VIII y XI.

El año mil ha resultado ser un año cargado de significado escatológico que marcó el fin de una época y dio inicio a otra; fue un año climatérico, según palabras de Henri Focillon⁴³. La polémica en torno de dicho año ha sido prácticamente superada. Sin embargo, captó la atención de muchos estudiosos durante largo tiempo. Mientras que algunos investigadores consideraron que se vivieron momentos de pánico colectivo, de terror por la supuesta llegada del fin del mundo, otros, más tarde, confirmaron que no existieron tales terrores sino una leve inquietud que superó aquel año, la cual no se manifestó de igual modo en todas las personas, ni en todas las regiones. A pesar de todo, este tema sigue cautivando en la actualidad y la razón está, según Georges Duby⁴⁴, en la persistencia de los esquemas milenaristas en la conciencia colectiva de nuestro tiempo.

Las fuentes para estudiar el año mil son muy difíciles, discontinuas y dispersas, además de insuficientes, al decir

⁴³ Focillon, Henri. *El año mil*. (Madrid: Alianza, 1987).

⁴⁴ Duby, Georges (2000). *El año mil, una interpretación diferente del milenarismo*. Barcelona: Gedisa, p. 11.

de Dominique Barthélemy⁴⁵. Por su parte, Focillon considera que es más fácil analizar batallas, pactos políticos o crisis económicas que ocuparse de las mentalidades, ya que “...no estamos tan bien pertrechados para abordar la vasta e indeterminada región de los instintos, de las creencias y de los movimientos que ponen en marcha no al individuo, sino a la multitud”.⁴⁶ Ahora bien, un par de años más tarde de esta afirmación de Focillon, Roger Chartier⁴⁷ proponía analizar dicha “vasta e indeterminada región de los instintos y de las creencias” centrando la atención en las representaciones. La perspectiva de Chartier se inserta en el marco de la Nueva Historia Cultural y es la que nos ayuda en esta oportunidad a comprender e interpretar las representaciones de las creencias, miedos, temores y esperanzas de los hombres y mujeres medievales en torno del fin de los tiempos tanto en los textos como en las imágenes.

⁴⁵ Barthélemy, Dominique (2005). *El año mil y la Paz de Dios. La Iglesia y la sociedad feudal*. Granada: Universidad de Granada y Valencia.

⁴⁶ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 55.

⁴⁷ Chartier, Roger (1989). “*Le monde comme représentation*”. En *Annales Économies, Sociétés, Civilisations Vol. 44*, n. 6.

I. El Apocalipsis

Literatura apocalíptica

La literatura apocalíptica judía fue desarrollada alrededor del siglo II a. C. y fue un intento por dar respuesta a la pregunta de por qué Dios había abandonado a su pueblo elegido. En otras palabras, se trataba de una literatura que buscaba explicar las causas de sus continuas penurias y comprender el futuro de gloria que le esperaba.

“La literatura apocalíptica intenta descubrir los misterios del mundo y penetrar en el conocimiento secreto de la Creación, interpretando la historia del hombre en función de un final preestablecido desde los comienzos. En esta visión apocalíptica la historia se nos muestra en una concepción lineal, con un principio y un fin establecidos por Dios...”⁴⁸

De esta manera, quedaba plasmada en la Torá la concepción lineal y finalista de la historia: la humanidad toda se encaminaba hacia un fin que Dios había prefijado

⁴⁸ López de Hernández, Nelly. Los manuscritos de Mar Muerto; su importancia para comprender el Judaísmo tardío hasta la destrucción del Segundo Templo y el Cristianismo primitivo. Mendoza (inédito).

desde el comienzo. Esta idea no era propia ni exclusiva del pueblo judío sino que había estado presente en otras comunidades desde tiempos muy antiguos. Según Focillon, la idea del fin de los tiempos es un elemento fundamental en la religión y filosofía de los pueblos, al igual que la de la resurrección gloriosa⁴⁹.

En sus inicios, dentro del judaísmo coexistían sectas entre las que se encontraban los saduceos, los fariseos, los esenios y los zelotes. Tanto fariseos como esenios tenían una visión lineal de la Historia, creían en la llegada del Mesías, la instauración del Reino de Dios, la resurrección de los muertos y premios y castigos eternos. Sus textos detallaban cuidadosamente el final en un estilo simbólico muchas veces difícil de comprender. Entre los libros más importantes cabe mencionar el de Enoc, Baruc, Elías, Sofonías, Daniel, Isaías y Ezequiel.

Referencias al fin del mundo aparecían, por ejemplo, en el libro de Daniel, en su visión de los cuatro imperios. Según este profeta, el cuarto y último reino en venir “devorará la tierra, la aplastará y la destruirá” (7,23). También se

⁴⁹ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 58.

expresaba sobre la resurrección de los muertos en estos términos:

“Entonces serán salvados todos aquellos que estén inscritos en el Libro. Muchos de los que duermen en la Región del Polvo se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el rechazo y la pena eterna. Los justos brillarán como el resplandor del firmamento”. (12, 1-3).

Así, la literatura judía a través de imágenes y figuras simbólicas relataba lo que vendría y por ello exhortaba al pueblo a soportar las desgracias en las que se encontraba debido a que el premio era la vida eterna junto a Yahvé.

En cuanto a la literatura cristiana, Claude Carozzi apunta:

“El cristianismo es una religión de salvación. Desde su comienzo, sus adeptos estuvieron convencidos de que Cristo había trazado con su resurrección el camino de salvación. Así, la idea de salvación ha estado siempre ligada a una concepción escatológica...”.⁵⁰

El cristianismo se desprendió del judaísmo y durante sus primeros tiempos de existencia, recibió su influencia. Los

⁵⁰ Carozzi, Claude (2000). *Visiones apocalípticas en la Edad Media; El fin del mundo y la salvación del alma*. Madrid: Siglo XXI, p. XV.

textos cristianos también fueron escritos en un lenguaje hermético y su interpretación ha resultado muy dificultosa. Imágenes rebuscadas se suceden a lo largo de los Evangelios y recuerdan a las de los libros del Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, Mateo se refiere al fin del mundo de la siguiente manera:

“Pronto, después de esos días de sufrimientos, el sol se oscurecerá, la luna perderá su brillo, caerán las estrellas del cielo y el universo entero se conmoverá. Entonces aparecerá en el cielo claramente la señal del Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo, con el Poder y la plenitud de la Gloria”. (24, 29-30).

Lucas, por su lado, también escribe sobre el fin de los tiempos aunque con otras imágenes: “Se levantará una nación contra otra, y una raza contra otra. Habrá grandes terremotos, pestes y hambre en una y otra parte. Se verán también cosas espantosas, y señales terribles en el cielo”. (21, 10-12). En cuanto al Juicio Final, Mateo lo describe con palabras que recuerdan al profeta Ezequiel:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria rodeado de todos sus ángeles, se sentará en su

trono como Rey glorioso. Delante de él se reunirán todas las naciones, y como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos, así también lo hará él. Separará unos de otros, poniendo las ovejas a su derecha y los machos cabríos a su izquierda”. (25, 31-33).

En síntesis, tanto los textos apocalípticos judíos como más tarde los cristianos sirvieron como antecedentes del libro de San Juan que, con sus visiones fantásticas y lenguaje hermético, ha dejado su impronta a través del tiempo.

Apocalipsis de San Juan

Como señala Beatriz Garrido Ramos:

“Desde los primeros siglos del cristianismo, el Apocalipsis se convirtió en uno de los Libros más importantes de la Biblia, especialmente para la Iglesia de Occidente. Se puede decir que fue un libro para los tiempos de crisis, algo que permite establecer un símil con la actualidad, pues cuando más penurias y problemas existen, mayor es la devoción y el refugio de muchas personas en la religión. Apocalipsis significa revelación y hace referencia a la lucha de los enemigos contra la Iglesia, representada en una increíble sucesión de visiones alegóricas de lo

que sucederá al Final de los tiempos, tal y como se menciona en el texto bíblico”.⁵¹

A su vez, dice César Vidal⁵² que, pesar de su acentuado carácter críptico, el Apocalipsis de San Juan ha tenido una extraordinaria influencia a lo largo de todas las épocas. Expresiones e imágenes tales como Armagedón, los Cuatro Jinetes del Apocalipsis y la Bestia, han pasado a formar parte del acervo de los pueblos occidentales y han sido representados en pinturas, esculturas y textos.

Se trata de uno de los libros más extensos del Nuevo Testamento y, como los demás del mismo género, buscaba dar una explicación de la realidad y del futuro a través de un lenguaje simbólico, imágenes fantásticas y visiones elaboradas. Y ha sido ese estilo complicado el que ha llevado a distintas interpretaciones y confusiones.

El objetivo del evangelista era referir la lucha entre Dios y Satanás y la historia de la humanidad que se encaminaba hacia su consumación. San Juan escribió en la isla de

⁵¹ Garrido Ramos, Beatriz (2014). “Beato de Liébana y los Comentarios al Apocalipsis de San Juan”. En *Revista Historias del Orbis Terrarum, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas* 7. p. 59.

⁵² Vidal, César (1999). “El día de la Bestia”. En *La Aventura de la Historia* 14. Madrid, p. 74.

Patmos, donde estuvo desterrado “a causa de la Palabra de Dios y por haber proclamado a Jesús” (1, 9 y 10), probablemente hacia el año 95, a fines de los tiempos del emperador Domiciano.

En éxtasis, el evangelista fue testigo de un drama cósmico⁵³; contempló a Cristo resucitado y comprendió el destino de la Iglesia. El Hijo de Dios le ordenó que escribiera un libro con todas las visiones y que lo mandara a las Iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (1, 11). Mientras que otras cartas del Nuevo Testamento estaban dirigidas a comunidades particulares, como la de Tesalónica, Corinto o Roma, por ejemplo, el texto de Juan tenía una dimensión universal. Es decir: “Las cartas a las siete comunidades de Asia que forman el prólogo dirigen la mirada a una región mayor que una simple carta a una comunidad en particular.”⁵⁴ Por extensión, entonces, el Apocalipsis estaba dirigido a todos los cristianos que sufrían por su fe y, al mismo tiempo, era

⁵³ Carozzi, Claude. *op. cit.*, p. 20.

⁵⁴ *Ídem.*

una exhortación a cambiar de hábitos, costumbres y conductas para seguir a Cristo y llegar a la vida eterna.

Juan comenzó a relatar sus visiones. Al principio, vio a Dios en el trono, el Libro sellado con siete sellos⁵⁵, esto es la Biblia, y el Cordero, símbolo de Cristo.

⁵⁵ El siete es un número que se repite en reiteradas ocasiones en las Sagradas Escrituras, se trata del número perfecto que significa la plenitud.



Fig 1. *Visión del Cordero* ⁵⁶

⁵⁶ Beato de Facundo. “Visión del Cordero”. Club Bibliófilo Editorial. Facsímiles de Códices Medievales. Disponible en: <http://www.cbveditores.com/facsimiles/43-beato-de-facundo-beato->

Más adelante, tuvo la visión de los Cuatro Jinetes: la guerra, el hambre, la peste y la muerte asolarían la tierra y se sucederían también terremotos y otros fenómenos producidos por “la cólera del Cordero”. (6, 17).

de-fernando-i-y-dona-sancha-s-xi.html (consultado el 15 de febrero de 2012)

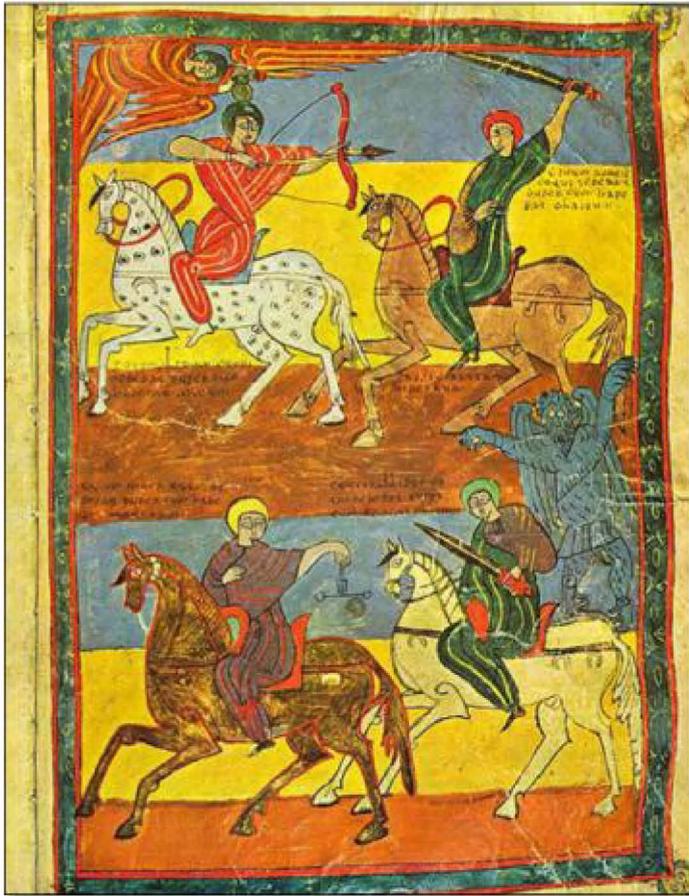


Fig 2. Los cuatro jinetes del Apocalipsis ⁵⁷

⁵⁷ Beato de Liébana. “Los cuatro jinetes”. *Revista Historias del Orbis Terrarum*. Disponible en: <https://historiasdelorbisterrarum.wordpress.com/2014/02/28/beato-de->

Posteriormente, escuchó siete trompetas y vio siete copas derramarse sobre el mundo. Tanto las trompetas como las copas eran imágenes simbólicas de los azotes que Dios enviaría para castigar a los pecadores. Granizo, estrellas de fuego, plagas de langostas, de humo y azufre, tinieblas y sequías se extenderían por todos lados.

“El séptimo ángel vació su copa en el aire. Entonces se escuchó en el Santuario una palabra que venía del trono y que decía: ‘Ya está hecho.’ Y hubo relámpagos, retumbar de truenos y un violento terremoto”. (16, 17 y18).

También Juan vio a la Bestia⁵⁸ que habría de enfrentarse al Cordero: “Apareció también otra señal: un enorme Monstruo rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos”. (12, 3)⁵⁹. Empezaría, entonces, la batalla en el

liebana-y-los-comentarios-al-apocalipsis-de-san-juan/ (consultado el 15 de febrero de 2012)

⁵⁸ El 666 es el número de la Bestia; es un número imperfecto que señala que el poder del mal no es invencible.

⁵⁹ Según el Apocalipsis, la Bestia tiene 7 cabezas y 10 cuernos. El número 10 es otro número imperfecto que indica que el poder de la Bestia será destruido.

Gabriela Vasquez

cielo y San Miguel y los ángeles lucharían contra la Bestia, la cual sería arrojada de las alturas. Una vez en la tierra, trataría de detener la victoria de Cristo maravillando y engañando a los hombres con sus maléficos prodigios. San Juan advirtió, además, que quienes la siguieran, sufrirían la ira de Dios.

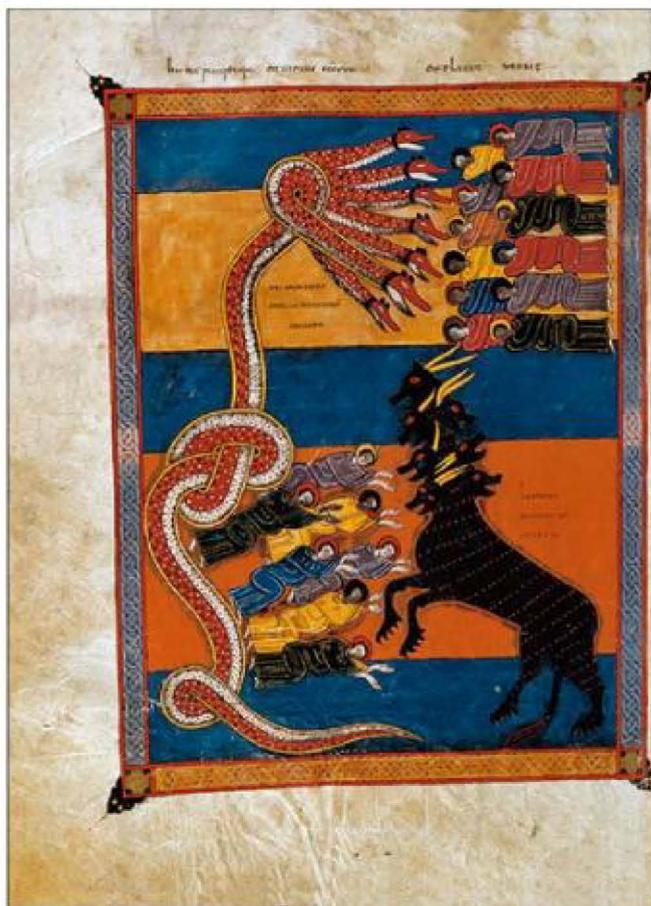


Fig 3. Adoración de la Bestia⁶⁰

⁶⁰ Beato de Facundo. “Adoración de la Bestia”. *Club Bibliófilo Editorial*. Facsímiles de Códices Medievales. Disponible en: <http://www.cbveditores.com/facsimiles/43-beato-de-facundo-beato->

Otra de las visiones es la de Babilonia, descrita como la enemiga de Dios, la guarida de los pecadores y de Satanás. *“Babilonia la Grande, madre de las prostitutas y de los abominables ídolos de todo el mundo”* (17, 5) sería destruida por ser el lugar de perdición y pecado y tras su desaparición, se oirían cantos en el cielo.

A continuación, Juan fue testigo de las dos batallas finales entre la Bestia y el Cordero. Luego de la primera, Satanás sería encadenado por mil años:

“Después, un ángel bajó del cielo, llevando en la mano la llave del Abismo y además una enorme cadena. Agarró al Monstruo, la serpiente antigua, o sea, Satanás, el diablo, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, y cerró su entrada con llave, y la aseguró con candados, para que en adelante ya no engañara a las naciones, hasta que pasen mil años. Después será dejado en libertad por un poco tiempo”. (20, 1-4).

de-fernando-i-y-dona-sancha-s-xi.html (consultado el 15 de febrero de 2012)

Este es el pasaje del Apocalipsis que ha llevado a confusiones y comentarios equivocados, del cual han surgido posteriormente las corrientes milenaristas.

Pasados los mil años, Satanás sería liberado y atacaría por última vez junto a Gog y Magog. *“Y cuando se cumplan los mil años, Satanás será liberado de su prisión, saliendo a engañar a las naciones de los cuatro extremos de la tierra”*. (20, 7 y 8). Sería la batalla final, el Armagedón, el enfrentamiento entre El Cordero y la Bestia. Satanás sería derrotado definitivamente por Cristo y arrojado al fuego de azufre y su tormento duraría para siempre. Entonces, resucitarían los muertos y llegaría el Juicio Final donde cada hombre sería juzgado individualmente por sus acciones y condenado o salvado para siempre.

Al final del libro, Juan logró ver la futura Jerusalén celeste, la ciudad espiritual de todos los justos. El Apocalipsis termina con las palabras de Cristo, que está por venir por segunda vez, pero no se sabe exactamente el momento: *“Mira que vuelvo pronto”*. (22, 7).

Milenarismo

De la lectura del texto de San Juan se desprende la idea de los mil años del reino de Cristo anteriores a la batalla final con Satanás, idea que ejercerá una profunda influencia durante el Medioevo.

Para algunos Padres de la Iglesia, como Papías, Ireneo y Tertuliano, esos mil años habían de ser una especie de restauración del Paraíso terrenal; años de felicidad, paz y fertilidad:

“Vendrán días -escribe Ireneo- en que las viñas crecerán cada una con diez mil cepas, en cada cepa habrá diez mil ramas, y en cada rama diez mil sarmientos, y en cada sarmiento diez mil racimos, y en cada racimo diez mil uvas, y de cada uva se sacarán mil litros de vino”.⁶¹

Ahora bien, no todos interpretaban las Escrituras de esa manera. Muchos, en cambio, consideraban que se estaban transitando esos mil años, al cabo de los cuales llegaría el Juicio Final. Quienes pensaban de esta forma, trataban de saber en qué momento se producirían los acontecimientos

⁶¹ Ireneo citado por Carozzi, Claude. *op. cit.*, p. 25.

descriptos por San Juan y tomaron los mil años como una cifra exacta, por lo que empezaron a especular acerca de la fecha en la que se cumpliría el plazo. Pero, ¿por dónde empezar a contar y calcular los mil años? ¿desde la fundación de Roma? ¿desde la Encarnación de Cristo o su Pasión? Y, durante el Medioevo, ¿desde la caída del Imperio de Occidente? En realidad, no se sabía cómo realizar dichos cálculos.

Ese deseo de conocer el momento exacto de la llegada del fin no se manifestó durante los primeros tiempos del cristianismo. Como explica Carozzi: *“La expectativa milenarista de los dos primeros siglos no parece haberse basado en especulaciones cronológicas precisas. (...) No se calculaba la fecha del fin de los tiempos”*.⁶² Sin embargo, en el siglo III comenzaron, con Hipólito, las primeras especulaciones. Más adelante se pensó que el fin del mundo llegaría en el 500 y hasta en el 800. Así, por ejemplo, Beato de Liébana escribía: *“Estos mil años se refieren a este mundo, no a la vida eterna. La Iglesia reinará durante mil*

⁶² Carozzi, Claude. *op. cit.*, p. 32.

años, esto es, hasta el final de este mundo”.⁶³ Este monje, entonces, ya a fines del siglo VIII compartía la creencia de que el fin del mundo estaba muy cerca⁶⁴.

Pero al pasar esas fechas y no producirse el fin de los tiempos eran necesarios cálculos nuevos. Es importante apuntar que Carlomagno, coronado emperador en el 800, no fue considerado como el emperador de los últimos tiempos; más bien se creyó que su reinado iniciaba una nueva etapa. El año 1000 significó para muchos el momento en el cual se cumpliría todo lo mencionado en el Apocalipsis pero, pasado ese año sin ningún signo, se propusieron nuevos plazos. Por ello, Claude Carozzi considera que a nadie, con un mínimo de educación, podía aterrorizar la llegada del fin del mundo con tantas fechas fallidas.⁶⁵

Frente a los que pensaban que los mil años eran una cifra real, concreta y posible de ser calculada, otros, en cambio,

⁶³ Beato de Liébana citado por González Jiménez, Manuel (2009). “Beato de Liébana, profeta del milenio”. En *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* 37. p. 130.

⁶⁴ González Echegaray, Joaquín (1999). “Beato de Liébana y los terrores del año 800”. En *Milenarismos y milenaristas en la Europa medieval coordinado por José Ignacio de la Iglesia Duarte*.

⁶⁵ Carozzi, Claude. *op. cit.*

pensaban que era un número simbólico que se refería a un futuro lejano, imposible de ser estimado. Entre estos últimos, se encontraba San Agustín, para quien los mil años *significaban “la plenitud de los tiempos”*⁶⁶. Desde el siglo IV, entonces, comenzó a prevalecer la idea del milenio como la totalidad de la historia de la Iglesia, como un período que no se podía calcular, con lo cual, el milenarismo, que buscaba fechas precisas, perdió vigencia aunque no desapareció del todo. Según Focillon:

“Una sociedad muy agitada y, frecuentemente, muy desdichada [como la medieval] es naturalmente propensa no sólo a la lectura literal de los grandes textos de los que salió el milenarismo, sino, en un sentido más general, a la interpretación apocalíptica de la historia, al culto del Dios terrible, a la espera del Juicio”.⁶⁷

Por su lado, Manuel González Jiménez agrega:

“...la idea del final de los tiempos en un momento más o menos próximo no se desarraigó de la conciencia europea, a pesar de

⁶⁶ *Ibidem*, p. 45.

⁶⁷ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 65.

que todas las previsiones resultasen fallidas, como sucediera el año 1000 o el año 1033. La persistencia del mito, de la creencia y expectativas milenaristas nos muestran bien a las claras que se trataba de algo profundamente enraizado en el subconsciente colectivo”.⁶⁸

De este modo, el pensamiento milenarista logró sobrevivir el Medioevo y continuar a lo largo de la Modernidad; incluso ha llegado hasta la actualidad, en la conciencia colectiva y en el contenido de numerosas sectas.

II. La Edad Media

Religiosidad medieval

Mientras que la religión es un conjunto de creencias y dogmas, ordenada y jerarquizada, la religiosidad es, en cambio, la manera en que un individuo o grupo comprenden lo religioso de una manera particular, mezclada con ingredientes propios, esto es, tradiciones y rituales de larga data.

⁶⁸ González Jiménez, Manuel. *op. cit.* p. 125.

Durante los primeros tiempos, la verdadera conversión al cristianismo, es decir, la conversión espiritual y profunda se dio sólo en pocas personas. La mayoría de las conversiones de pueblos o comunidades enteras, analfabetas o con muy escasa formación, eran conversiones impuestas y bautismos colectivos que convivían con las prácticas de antiguos ritos. En otras palabras, tales conversiones eran superficiales y estaban muy mezcladas con el paganismo.

“La Iglesia tuvo que asimilar, sobre todo en el ámbito parroquial –escribe Giovanni Cherubini-, muchos ritos propiciatorios, prácticas animistas y formas de magia. El párroco mismo no eludía, en algunos casos, la práctica de las artes mágicas sin despertar ningún escándalo en las almas sencillas de los parroquianos, que percibían este hecho como una de las manifestaciones de su función sagrada”.⁶⁹

⁶⁹ Cherubini, Giovanni. “El campesino y el trabajo de campo”. En: *Le Goff, Jacques y otros (1999). El hombre medieval*. Madrid: Alianza, p. 144.

Así, la religión cristiana no era comprendida de la misma manera por todas las comunidades medievales. Los campesinos, por ejemplo, eran supersticiosos y mezclaban las oraciones con ritos heredados de generaciones pasadas y los clérigos difícilmente podían combatir el pensamiento pagano que subyacía en sus feligreses debido a su escasa instrucción. Según Jan Dhondt:

“La credulidad supersticiosa del pueblo es tanto más comprensible cuanto que el nivel espiritual y la formación religiosa de los sacerdotes eran absolutamente insuficientes, hasta el punto de que muchos de ellos ni siquiera sabían el Padre Nuestro”.⁷⁰

Es decir, durante los primeros tiempos de la Edad Media, como lo indica Heinrich Fichtenau, “...se tiene la impresión de que toda la sociedad carolingia conservaba, bajo un sutil barniz de cristianismo, una sustancia espiritual muy próxima al paganismo e incluso a la religiosidad mágica”.⁷¹

⁷⁰ Dhondt, Jan (1971). “La Alta Edad Media”. *Historia Universal Siglo XXI*. Vol. 10. Madrid: Siglo XXI, p. 110.

⁷¹ Fichtenau, Heinrich, citado por Dhondt, Jan. *op. cit.*, p. 108.

El alto clero, en cambio, además de rico, aristocrático y poderoso, había recibido una educación y formación más amplia y completa, lo cual lo diferenciaba del resto de los párrocos, muy cercanos a sus fieles, en cuanto a sus concepciones religiosas. *“Entre la cultura del alto clero – obispos, maestros, curiales, etc.- y la del clero inferior existía un abismo”*.⁷²

Debido a que la gran mayoría de los hombres y mujeres medievales eran analfabetos, la palabra oral adquiría gran fuerza; así, anécdotas, instrucciones morales y religiosas pasaban de generación en generación. Por ello, dice Jacques Le Goff, el cristianismo de aquellos tiempos era un cristianismo de tradición y memoria.⁷³ Y para ayudar al pueblo a mantener su memoria estaban las imágenes, pintadas o esculpidas, que también fueron utilizadas por la Iglesia para adoctrinar a sus fieles. El Papa Gregorio Magno escribió hacia el año 600: *“...lo que la escritura es para aquellos que saben leer, lo es la pintura para los*

⁷² Llorca, Bernardino, García-Villalosa, Ricardo y Montalbán (1976). *Historia de la Iglesia Católica*. Tomo II. Madrid: Católica, p. 225.

⁷³ Le Goff, Jacques. *op. cit.*, p. 40.

*analfabetos que la miran, porque en ésta pueden leer los que no conocen las letras; así que, principalmente, la pintura sirve de lección a las gentes’ ”.*⁷⁴ Así, la pintura y la escultura, más que expresiones artísticas, fueron, sin duda, instrumentos de formación con un fuerte contenido didáctico e ideológico⁷⁵.

Las ilustraciones de las Sagradas Escrituras desempeñaron un papel importante en el adoctrinamiento de los fieles iletrados porque, como dice Focillon, la medieval era una cultura visual que se propagaba a las multitudes por los ojos. Beato de Liébana (siglo VIII), por ejemplo, ilustró y comentó las Sagradas Escrituras y sus famosos Comentarios del Apocalipsis ejercieron una gran influencia en su época y etapas posteriores. Estas ilustraciones *“sirvieron de modelo para los artistas que esculpieron los capiteles y pintaron los murales de las iglesias románicas y posteriormente góticas. La temática de las ilustraciones del Apocalipsis constituyó el soporte argumental de la*

⁷⁴ Gregorio Magno citado por Castelnuovo, Enrico. “El artista”. En: *Le Goff, Jacques y otros. op. cit.*, p. 226.

⁷⁵ Le Goff, Jacques. *op. cit.*, p. 41.

*religiosidad del periodo... ”.*⁷⁶ En ellas, se representaba el enfrentamiento de las fuerzas del Bien y el Mal y, también, el triunfo de las primeras, sobre las segundas. Más tarde, Beato de Facundo (siglo XI) también ilustró el Apocalipsis con imágenes cargadas de simbolismo.

Los símbolos seducían y los números asombraban a hombres y mujeres de aquella época. Se consideraba que el tres era el número de la Trinidad; el cuatro, el número de los evangelistas y de las virtudes cardinales; el siete, el número de los siete dones de Dios, los siete sacramentos y los siete pecados capitales; el diez, el número del Decálogo, de los mandamientos de Dios y de la Iglesia y el doce, el número de los apóstoles. Además, se creía que el Apocalipsis revelaba un universo de números simbólicos donde estaban escritos el sentido y el destino ocultos de la humanidad, incluido el milenio, esos mil años tan temidos y, a la vez, esperados.⁷⁷

Las personas, entonces, estaban inmersas en un mundo de símbolos, supersticiones, magia y viejas prácticas que el

⁷⁶ Garrido Ramos, Beatriz. *op. cit.* p. 57 y 58.

⁷⁷ Le Goff, Jacques. *op. cit.*, pp. 40 y 41.

cristianismo se esforzaba por desterrar. Al respecto, Jacques Heers escribe:

“Antiguas supersticiones o ritos más o menos mágicos rememoran las tradiciones paganas que el esfuerzo de evangelización sólo había extirpado temporalmente. (...) el conocimiento superficial de las Escrituras favoreció también un tipo de religión familiar, ligada especialmente al culto de los santos y las reliquias; este culto pasó entonces a ocupar un lugar destacado en la vida popular, hecho que explica la multiplicación e intensificación de las peregrinaciones...”⁷⁸

Las limosnas, mortificaciones, el culto a las reliquias y las peregrinaciones a lugares santos como, por ejemplo, Santiago de Compostela, Roma y Jerusalén, se multiplicaron durante ese tiempo y se convirtieron en una práctica esencial, casi obligatoria en la vida de cada cristiano, ya que eran modos de hacer penitencia y purificarse para ganar el cielo. Las reliquias actuaban además como aglutinante de la comunidad y cada pueblo

⁷⁸ Heers, Jacques (1984). *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Labor, p. 105.

quería sus propios santos patronos con quienes sentirse identificado. Es decir, se necesitaba palpar la divinidad, tenerla cerca y, para ello, estaban las reliquias y las tumbas que se convirtieron en los vínculos entre los vivos y los muertos, entre los individuos y Dios.

En el siglo X comenzó la reforma monástica que trajo aparejada una renovación espiritual que afectó no sólo a los clérigos sino a la comunidad en general. La simonía era un signo evidente del desorden moral existente y muchos vieron en estos pecados la causa de la llegada del fin.⁷⁹

Tanto la Reforma como posteriormente las Cruzadas fueron entendidas como obras de purificación. El objeto era conducir al pueblo cristiano a la salvación y la vida eterna y evitar el infierno, el cual se había convertido en una obsesión para el hombre medieval.

“Imagen obsesionante y abrumadora, el infierno no cesaba de estar presente —dice Duby—. Era quizás el germen más virulento de los temores que atenazaban a la gente de entonces, que se sentía amenazada por el pecado, temía ser castigada e intentaba eludir la

⁷⁹ Duby, Georges. *op. cit.*, p. 84.

condenación por todos los medios, oraciones, penitencias, talismanes”.⁸⁰

De manera maniquea, se consideró en la Edad Media al individuo como criatura de Dios o como un ser pecador:

“Esta visión pesimista del hombre, débil, vicioso, humillado frente a Dios, se encuentra a lo largo de todo el Medioevo, pero está más acentuada durante la Alta Edad Media, entre los siglos IV y X- y aun en los siglos XI y XII- mientras que la imagen optimista del hombre, reflejo de la imagen divina capaz de continuar en al tierra la creación y capaz de salvarse, tiende a predominar a partir de los siglos XII y XIII”.⁸¹

Así, hombres y mujeres del Medioevo vivían atormentados por el pecado, temían el Juicio Final y el castigo eterno. Para Georges Duby:

“...lo que más temían (...) los hombres de esa época era el juicio, el castigo en el más allá. Basta mirar en torno, a lo que resta del arte medieval, para quedar sorprendido por el

⁸⁰ *Ídem* (1995). Año 1000, año 2000; *la huella de nuestros miedos*. Santiago de Chile: Andrés Bello, p. 130.

⁸¹ Le Goff, Jacques. *op. cit.*, p. 14.

espacio que ocupan las representaciones de los tormentos del infierno”.⁸²

Vinculado al temor al castigo divino, está el temor al demonio y sus manifestaciones. Jacques Le Goff lo comenta en estos términos:

“Así pues, los hombres de la Edad Media se ven constantemente divididos entre Dios y Satanás. Este no es menos real que aquel, incluso es menos ávido de encarnaciones y de apariciones. Es cierto que la iconografía puede representarle bajo una forma simbólica: es la serpiente del pecado original (...) Pero se le representa sobre todo bajo ciertos aspectos más o menos antropomórficos. En cada instante, cada hombre de la Edad Media corre el peligro de verlo manifestarse. Él es el contenido de esa terrible angustia que los atenaza casi a cada instante: ¡la angustia de verlo aparecer! Cada cual se ve constantemente espiado por el `viejo enemigo del género humano´”.⁸³

⁸² Duby, Georges. *Año 1000... op. cit.*, p. 128.

⁸³ Le Goff, Jaques (1999). *La civilización del Occidente medieval*. Buenos Aires: Paidós. pp. 138 y 139.

En pocas palabras, el autor considera que el pensamiento y comportamiento del hombre medieval están dominados por un maniqueísmo más o menos consciente en el que se encuentra a Dios, por un lado, y al demonio, por el otro, y dicha división domina, además, la vida moral, como la social y la política.⁸⁴

Ahora bien, se puede decir que estos temores estuvieron presentes en el año mil, pero también lo estuvieron antes y continuaron después, a lo largo de todo el período. Como dice Henri Focillon, “La idea del Apocalipsis escolta toda la Edad Media...”⁸⁵ y más adelante agrega que tal idea puede considerarse como “...un elemento esencial del pensamiento religioso en Occidente”.⁸⁶

Año mil

Respecto del año mil, Manuel González Jiménez apunta que había motivos para los “terrores”, pero que éstos eran más bien concretos y tangibles y no provocados por las profecías milenaristas:

⁸⁴ *Ibidem.*

⁸⁵ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 69.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 70.

“Había, sin duda, motivo para los ‘terrores’, no unos terrores psicológicos producto de la imaginación o de la predicación de algún exaltado milenarista de los muchos que agitarían la conciencia y los miedos de los europeos a lo largo de la Edad Media. Se trataba de miedos y de terrores físicos y perfectamente tangibles”.⁸⁷

Entre estos “terrores” físicos y tangibles, el autor menciona las hambrunas y epidemias que asolaban con frecuencia al mundo medieval. Ahora bien, además de estos terrores concretos, subsiste el problema de los “terrores del año mil”.

El año mil fue un año de contrastes y una fecha que articuló la Edad Media, señala Focillon⁸⁸. Fue un año crucial, un año en el que se encontraban ya las fuerzas que iban a modelar la Europa de los siglos siguientes. Según Luis Adão Da Fonseca:

“El año mil, en su pobreza, en medio de sus limitaciones, pero también con sus aspiraciones, es para nosotros (...) algo así

⁸⁷ González Jiménez, Manuel. *op. cit.* p. 122.

⁸⁸ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 53.

como uno de esos 'tiempos originales' verdaderamente nucleares de nuestra cultura y de nuestra civilización".⁸⁹

La Europa del año mil era una Europa oscura para Guy Bois⁹⁰; una Europa amenazada, dividida y débil. Amenazada por pueblos invasores, por los musulmanes, por ejemplo, que avanzaban sobre la península ibérica y por otros grupos que asolaban el norte; dividida, porque el imperio no era todavía fuerte y cada reino seguía su vida propia. En Francia, se había iniciado ya la dinastía de los Capetos hacia el 987 y en Inglaterra los daneses serían los dueños de las islas años más tarde, en el 1013. También era una Europa débil porque Roma había perdido poder como centro de la Cristiandad. En algunos lugares la fe avanzaba, mientras que en otros, retrocedía; así, los rusos se convirtieron hacia el 988 y en el 1000, los húngaros, pero, en otras latitudes, la cristiandad, asediada por pueblos bárbaros, perdía terreno.

⁸⁹ Da Fonseca, Luis Adão (1984). "La cristiandad medieval". Historia Universal. Tomo V. Pamplona: EUNSA, p. 27.

⁹⁰ Bois, Guy (1991). *La revolución del año mil*. Barcelona: Crítica.

Silvestre II fue el Papa del año 1000 y Otón III, el Emperador de ese tiempo. Su deseo era restaurar el Imperio, volver a la unidad, al orden perdido e instaurar una monarquía universal. Sin embargo, fue un intento tanto admirable como quimérico, escribe Focillon.

“El adolescente en quien recae el terrible peso del Imperio es a la vez un héroe de novela, un político idealista y un santo. Ha soñado sucesivamente en el imperio del mundo y en el renunciamiento absoluto a las vanidades humanas”.⁹¹

Ese imperio soñado no era un imperio compacto, con un riguroso trazado de fronteras, era más bien, continúa el autor, un imperio de lazos espirituales donde las nuevas naciones cristianas podrían vivir y desenvolverse sin sujeciones ni ataduras feudales.⁹² Focillon destaca la estrecha unión entre el Imperio y el Papado en aquel momento, mientras que otro historiador considera que no existió tal unión en pie de igualdad sino que el emperador

⁹¹ Focillon, Henri. *op. cit.*, pp. 209 y 210.

⁹² *Ibidem*, p. 217.

vio en la Iglesia una servidora para cumplir con su idea de monarquía universal:

“Un joven romántico y exaltado había de dirigir a partir de ese momento [995] el destino de Occidente. Nunca llegó a ser un hombre maduro y su gobierno sólo puede compararse con una aventura agitada. Y, sin embargo, no puede negarse a este soberano una cierta grandeza trágica. (...) Como emperador se sentía llamado a dirigir el mundo conforma a la voluntad de Dios, pero en la Iglesia sólo vio una servidora suya y consideró al papa prácticamente como uno de sus obispos”.⁹³

Así, la Europa del año mil era una Europa que estaba saliendo de la Antigüedad y estaba comenzando a afianzarse, una Europa golpeada por invasiones, atomizada, débil y temerosa pero cada vez más creyente.

Ahora bien, para estudiar el tema de los terrores del año mil es necesario remitirse a las fuentes para desentrañar de ellas lo que creía y sentía la gente de aquella época. En general, como mencionamos, los letrados formaban un grupo reducido que había dedicado su vida a Dios, de allí su

⁹³ Dhondt, Jan. *op. cit.*, p. 211.

particular visión de la realidad y de los acontecimientos que quedó plasmada en sus obras. “*En los monasterios, que fueron los principales focos culturales de la época de Carlomagno y que volvieron a serlo en el Año Mil, la práctica de la historia se integraba con toda naturalidad – escribe Duby- en los ejercicios religiosos*”.⁹⁴ Fueron entonces estos obispos y monjes letrados quienes impartieron “terrores pedagógicos”⁹⁵ a fin de alejar a los fieles del pecado y acercarlos a la salvación.

Entre los cronistas que por aquel entonces se ocuparon de escribir sobre el año mil y el Apocalipsis se encuentran, por ejemplo, a Abbon de Fleury, Raúl Glaber, Sigeberto de Gemloux, San Medardo de Soissons y Adso, entre otros.

Según Henri Focillon, Raúl Glaber creía que el fin de los tiempos estaba muy próximo. “Cumplidos los mil años, pronto Satanás será desencadenado –escribió-.”⁹⁶ En el mes de setiembre del año mil apareció en el cielo un cometa y anotó al respecto:

⁹⁴ Duby, Georges. El año mil.... *op. cit.*, p. 15.

⁹⁵ Barthélemy, Dominique. *op. cit.* p. 28.

⁹⁶ Glaber, Raúl, citado por Focillon, Henri. *op. cit.*, p.p. 86 y 87.

“...este fenómeno no se manifiesta jamás a los hombres, en el universo, sin anunciar con certeza algún acontecimiento misterioso y terrible. Así, pronto sobrevino un incendio que consumió la iglesia de San Miguel Arcángel...”⁹⁷

Glaber no era ajeno a lo que sucedía y se percibía a su alrededor; temía a Satanás y se impresionaba con los fenómenos naturales, como todos sus contemporáneos.

Por su lado, Sigeberto de Gemloux y San Medardo de Soissons refirieron en sus escritos la aparición durante el año mil de un dragón celestial y también la inminencia de un gran terremoto. El primero, escribió: *“Se viven en ese momento (...) muchos prodigios, un terrible temblor de tierra, un cometa de estela fulgurante; la irrupción luminosa invade hasta el interior de las casas y, por una fractura del cielo, aparece la imagen de una serpiente”*.⁹⁸

Antes del año mil, alrededor de 960, Bernardo también anunció el fin del mundo y tiempo más tarde, se extendieron los mismos rumores. Abbon de Fleury, por

⁹⁷ *Ibidem*, p. 88.

⁹⁸ Gemloux, Sigeberto de, citado por Duby, Georges en: *El año mil... op. cit.*, p. 27.

ejemplo, había oído a un predicador en París, anunciar para el milenio el fin de los tiempos y el Juicio Final⁹⁹. Al mismo tiempo, un monje de la Abadía de Saint-Benoît-sur-Loire escribió:

“Me han dicho que en año 994 había sacerdotes en París que anunciaban el fin del mundo” y agrega: “Son unos locos”, “Basta abrir el texto sagrado, la Biblia, para ver, Jesús lo dijo, que nunca sabremos ni el día ni la hora. Predecir el futuro, afirmar que ese acontecimiento aterrador que todo el mundo espera se va a producir en tal o cual momento, es atentar contra la fe”.¹⁰⁰

Así, cartas, sermones y rumores populares atestiguaban la creencia en la proximidad del fin de los tiempos. También las hambrunas y epidemias, como la del mal de los ardientes de 997, preocuparon a las personas, quienes pensaron que eran señales indiscutibles y seguras de que se estaba cumpliendo lo escrito en el Apocalipsis.

⁹⁹ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 72.

¹⁰⁰ Citado por Duby, Georges. *Año 1000... op. cit.*, p. 20.

“En esa época –anota Raúl Glaber sobre el mal de los ardientes- hacía estragos entre los hombres un flagelo terrible, un fuego oculto que, cuando arremetía contra un miembro, lo consumía y lo separaba del cuerpo; en el espacio de una noche, la mayoría eran devorados completamente por esta horrenda combustión. Se halló entonces en la memoria de numerosos santos el remedio para peste tan aterradora...”¹⁰¹

Al igual que éste, otros testimonios muestran cómo se buscaba refugio en la oración, las reliquias y los santos para curar las enfermedades y para calmar, también, los temores provocados por los fenómenos naturales, considerados, todos, como castigos divinos por los pecados cometidos. Ahora bien, estas preocupaciones no pasaron de ser tales y no se convirtieron en oleadas de espanto colectivo.

A fines del siglo XV, con el triunfo del nuevo humanismo, apareció la primera descripción de los terrores del año mil, señala Georges Duby¹⁰².

¹⁰¹ Glaber, Raúl, citado por Duby, Georges en: *El año mil... op. cit.*, p. 81.

¹⁰² Duby, Georges. *El año mil... op. cit.*, p. 11.

“El retrato refleja el desprecio que profesaba la joven cultura occidental por los siglos sombríos y toscos de los que procedía y de los que renegaba para mirar, más allá del abismo bárbaro, hacia la antigüedad, su modelo. En el centro de las tinieblas medievales, el Año Mil, antítesis del Renacimiento, ofrecía el espectáculo de la muerte...”.¹⁰³

De todos modos, fueron los historiadores románticos del siglo XIX quienes se ocuparon de escribir ampliamente acerca de dicho tema. Así, por ejemplo, Henri Martín, en su *Historia de Francia* (1885) escribió:

“Al aproximarse la funesta fecha (el comienzo del año mil) afluyeron incesantemente las masas populares a iglesias, capillas y toda clase de centros consagrados a Dios. Temblando de miedo, las gentes esperaban que sonasen en el cielo las siete trompetas de los siete ángeles del Juicio Universal”.¹⁰⁴

¹⁰³ *Ibidem.*

¹⁰⁴ Martín, Henri citado por Dhondt, Jan. *op. cit.*, p. 263.

Otras obras como ésta, colaboraron con la difusión de la errónea idea de los terrores del año mil, hasta el punto de convencer a muchos y ser considerada verdad.

Nuevas investigaciones históricas pusieron de manifiesto que los escritores del siglo XIX estaban equivocados. Duby, por ejemplo, señaló:

“Los terrores del año mil son una leyenda romántica. Los historiadores del siglo XIX imaginaron que la inminencia del milenio suscitó una especie de pánico colectivo, que la gente moría de miedo, que regalaba todas sus posesiones. Es falso”.¹⁰⁵

Es decir, entonces, los hombres del año mil esperaban el fin del mundo pero no estaban en un estado de pánico permanente como lo habían afirmado los autores decimonónicos.

Jan Dhondt, por su lado, agrega que existían variados sistemas de medición en aquella época, los cuales eran imprecisos y, por lo tanto, no pudo haber unanimidad al considerar la llegada del año mil:

¹⁰⁵ Duby, Georges. *Año 1000... op. cit.*, p. 20.

“Debemos insistir en primer lugar en que no existió en absoluto un ‘terror del año 1000’, en el sentido de un movimiento de pánico ante el inminente final del primer milenio de nuestra era. Por entonces existían, en efecto, diferentes sistemas de medición de tiempo, y, conforme al usual en aquella época, el año 1000 después de Cristo se situó entre el 979 y el 1033”.¹⁰⁶

Además, este autor sostiene que sólo en Francia se evidenció tal tensión alrededor del año mil, y no en otras naciones.¹⁰⁷

Es importante señalar que la Iglesia mantuvo una actitud prudente con respecto a estas creencias, opina Heers. Es decir, no se han encontrado referencias al fin del mundo en escritos oficiales.

“Había (...) una insigne prudencia canónica – agrega Focillon-, pues la Iglesia no tenía interés en ver desmentido por los hechos un texto revelado. Para las mentes superiores e incluso para las mentes simplemente lúcidas, el valor

¹⁰⁶ Dhondt, Jan. *op. cit.*, p. 263.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 264.

del Apocalipsis seguía estando fuera de toda posible discusión...”.¹⁰⁸

En pocas palabras, los terrores y el pánico alrededor del año mil fueron más bien una invención de autores del siglo XIX, que una realidad concreta; sin embargo, se debe destacar la existencia de una cierta intranquilidad que afectó a las gentes sencillas más que a las instruidas, ya que las primeras mezclaban la religión con supersticiones y eran más propensas a sueños, fantasías y temores, que las segundas, más preparadas y formadas. Igualmente, Henri Focillon aclara que tales temores tampoco deben entenderse como herejías, justamente por tratarse de simples temores que estuvieron presentes a lo largo de toda la Edad Media.

El Apocalipsis después del año mil

“Pero pasó el año Mil sin que nada sucediera –señala Manuel González Jiménez-. Quedaba aún otro Milenio que celebrar: el de la Redención, que debía tener lugar el año

¹⁰⁸ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 94.

1033”.¹⁰⁹ Es decir, la creencia de la llegada del fin de los tiempos no desapareció y las especulaciones cronológicas continuaron después de pasado el año mil.

Según Georges Duby, a lo largo del Medioevo, los ritos funerarios y la celebración de los difuntos eran más importantes que los nacimientos de las personas ya que estos últimos eran menos conocidos e inciertos. De esta manera, se puede pensar que se vivió con más ansias y expectativas el año 1033, correspondiente a la muerte de Jesús. “La era cristiana partía, ciertamente, de la Encarnación. Pero, pasado el Año mil sin perjuicio –se pregunta Duby-, ¿no había que trasladar la espera hasta el año 1033, tenido por el milenario de la Pasión?”¹¹⁰

Así, después del milenio, nuevas señales pusieron en alerta a muchos: la aparición de una ballena de gran tamaño en 1004 fue considerada como un “presagio marino” de lo que estaba por venir; el meteoro de 1022 y los “combates de estrellas”¹¹¹ del año siguiente, causaron, a su vez,

¹⁰⁹ González Jiménez, Manuel. *op. cit.* p. 123 y 124.

¹¹⁰ Duby, Georges. *El año mil... op. cit.*, p. 31.

¹¹¹ Ademar de Chabannes escribió que se vieron estrellas luchar en el cielo en 1023, tal como lo hacían las potencias en la tierra. Ver: Duby, Georges. *El año mil... op. cit.*, pp. 79 y 80.

conmoción. Por otro lado, la hambruna de 1033, producida justamente en el año mil de la Pasión de Cristo, fue vivida como un castigo de Dios por los pecados cometidos. Raúl Glaber escribió: “Se creía que el orden de las estaciones y las leyes de los elementos que hasta entonces habían gobernado el mundo, habían caído en el caos eterno, y se temía el fin del género humano”.¹¹² Un eclipse producido durante ese mismo año fue otro signo interpretado como la señal de que el fin del mundo estaba muy próximo.

“Ese mismo año, el milésimo de la Pasión del Señor (...), se produjo un eclipse u oscurecimiento del sol (...) y fue verdaderamente terrible. El sol tomó el color del zafiro y llevaba en su parte superior la imagen de la luna (...). Los hombres, al mirarse unos a otros, se veían pálidos como muertos. Todas las cosas parecían inmersas en un vapor azafranado. Entonces, un estupor y un espanto inmensos se apoderaron del corazón de los hombres. Bien comprendían que este espectáculo presagiaba que alguna lamentable plaga iba a abatirse sobre el género humano”.¹¹³

¹¹² Glaber, Raúl, citado por Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 90.

¹¹³ *Ídem*, citado por Duby, Georges. *El año mil.... op. cit.*, p. 78.

Para Claude Carozzi, Glaber, a pesar de algunos de sus comentarios, está lejos de vincular el milenio con llegada del fin del mundo; más bien lo que refiere es la esperanza común, por aquel tiempo, de una renovación en todos los órdenes. Para fundamentar su postura, cita al propio monje: “Era como si el mundo, cambiando de vestimenta y sacudiéndose la vejez, se hubiera puesto un manto blanco de iglesias”.¹¹⁴ En efecto, sobre el año 1033, Glaber también escribió:

“El año milésimo de la Pasión del Señor, sucediendo al hambre desastrosa, las lluvias de las nubes se aplacaron obedeciendo a la bondad y la misericordia divinas. El cielo comenzó a reír, a iluminarse, y se animó con vientos favorables. Con su serenidad y su paz mostraba la magnanimidad del Creador”.¹¹⁵

Sin embargo, estas palabras del cronista están lejos de reflejar un optimismo y esperanza generalizados; muchos, sumidos en la superstición, temían lo peor ante los fenómenos naturales que se sucedían. En 1044, por

¹¹⁴ *Ídem*, citado por Carozzi, Claude. *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁵ *Ídem*, citado por Duby, Georges. *El año mil.... op. cit.*, p. 127.

ejemplo, un eclipse volvió a actualizar los temores acerca del fin de los tiempos.

“En estos días hemos sabido por Gui, arzobispo de Reims, que los suyos habían visto la estrella Bósforo, llamada también Lucifer, agitarse una noche (...) como queriendo amenazar a los habitantes de la Tierra. A la vista de iguales prodigios enviados por el cielo [un eclipse y la estrella], muchas personas, espantadas por sus propios vicios, hicieron penitencia y entraron en la vía del enderezamiento”.¹¹⁶

Siglos más tarde, la peste negra de 1348 conmocionó a la Europa medieval y nuevamente se pensó en los castigos divinos y la llegada del Juicio Final. “*La brutalidad del ataque y el carácter mortal de la enfermedad, interpretada como un castigo de Dios –opina Jacques Heers–, afectó profundamente a las gentes despertando en ellas un misticismo exacerbado o incluso llevándoles a ciertas prácticas supersticiosas o mágicas*”.¹¹⁷

¹¹⁶ *Ibidem*, pp. 105 y 106.

¹¹⁷ Heers, Jacques. *op. cit.*, p. 220.

En síntesis, hasta fines del Medioevo, la idea del Apocalipsis no perdió vigencia y se creyó en todo momento que el fin de los tiempos estaba cerca.

Palabras finales

Se puede decir, para terminar, que la idea del fin del mundo ha estado presente a lo largo de todas las épocas, desde la Antigüedad hasta nuestros días, en religiones y sectas también. Las personas se han sentido tentadas a saber cuándo llegaría el final y para ello pensaron y calcularon fechas posibles; además, procuraron por diversos medios estar listas para enfrentar ese momento. Sin embargo, el interés por conocer el último día no fue siempre el mismo; existieron épocas de mayor tensión que otras.

El año mil fue un año clave para la historia de Occidente, fue una fecha crucial, pero no fue un año ni de terrores multitudinarios ni de suicidios masivos, como pensaron algunos autores románticos del siglo XIX. El temor a la llegada del fin del mundo existió pero en forma de una leve inquietud que se manifestó antes, durante y después del año

mil. Como sostiene Henri Focillon, “*este miedo rebasa la estricta cronología del año mil, es anterior a él y no se extingue con él*”.¹¹⁸

La idea apocalíptica pasó de la Antigüedad al Medioevo, después atravesó toda la Edad Moderna hasta llegar a nuestros días, se alejó de las Iglesias y formó sectas¹¹⁹ en las cuales el milenarismo ocupó un lugar central.

La llegada del año 2000 y el comienzo de un nuevo milenio condujo a muchos investigadores a ocuparse nuevamente del tema del Apocalipsis y a hacer interesantes comparaciones entre el año 1000 y el 2000, como la llevada a cabo por Georges Duby¹²⁰; y más de uno también se preocupó por la cercana llegada del fin de los tiempos porque, según este historiador, tal miedo perdura y llega hasta la actualidad debido a que “*todavía nos pesa todo lo que nuestros antepasados más lejanos han hecho y pensado*”.¹²¹

¹¹⁸ Focillon, Henri. *op. cit.*, p. 83.

¹¹⁹ Carozzi, Claude. *op. cit.*, p. 176.

¹²⁰ Duby, Georges. *Año 1000... op. cit.*

¹²¹ *Ibidem*, p. 140.

Así, la idea del Apocalipsis ha acompañado a nuestros predecesores a través de las diferentes épocas y nos acompaña hoy, a nosotros. Se trata de una idea que nos atrae, nos deslumbra y a muchos desvela y obsesiona, como a tantos otros durante el Medioevo.

Bibliografía

Barthélemy, Dominique (2005). *El año mil y la Paz de Dios. La Iglesia y la sociedad feudal*. Granada: Universidad de Granada y Valencia.

Bois, Guy (1991). *La revolución del año mil*. Barcelona: Crítica.

Campuzano Ruiz, Enrique. “Beato de Liébana y los beatos; Una iconografía que marcó una época”. En página web: www.eldiariomontanes.es/especiales/jubileo/puert01.htm (consultado el 15 de febrero de 2003).

Carozzi, Claude (2000). *Visiones apocalípticas en la Edad Media; El fin del mundo y la salvación del alma*. Madrid: Siglo XXI.

Chartier, Roger (1989). “Le monde comme représentation”. En *Annales Économies, Sociétés, Civilisations* Vol. 44, n. 6. pp. 1505-1520.

Dhondt, Jan (1971). “La Alta Edad Media”. *Historia Universal Siglo XXI*. Vol. 10. Madrid: Siglo XXI.

Duby, Georges (2000). *El año mil; una interpretación diferente del milenarismo*. Barcelona: Gedisa.

Duby, Georges (1995). *Año 1000, año 2000; la huella de nuestros miedos*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Focillon, Henri (1987). *El año mil*. Madrid: Alianza.

Garrido Ramos, Beatriz (2014). “Beato de Liébana y los Comentarios al Apocalipsis de San Juan”. En *Revista Historias del Orbis Terrarum, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas* 7. pp. 50-76.

González Echegaray, Joaquín (1999). “Beato de Liébana y los terrores del año 800”. En *Milenarismos y milenaristas en la Europa medieval coordinado por José Ignacio de la Iglesia Duarte*. pp. 87-100.

González Jiménez, Manuel (2009). “Beato de Liébana, profeta del milenio”. En *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* 37. pp. 121-134.

Heers, Jacques (1984). *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Labor.

Historia Universal. Tomo V (1984). Pamplona: EUNSA.

La nueva Biblia latinoamericana (1972). Madrid: Paulinas y Verbo Divino.

Le Goff, Jacques (1999). *La civilización del Occidente medieval*. Buenos Aires: Paidós.

Le Goff, Jacques y otros (1999). *El hombre medieval*. Madrid: Alianza.

López de Hernández, Nelly. *Los manuscritos de Mar Muerto; su importancia para comprender el Judaísmo tardío hasta la destrucción del Segundo Templo y el Cristianismo primitivo*. Mendoza (inédito).

Llorca, Bernardino, García-Villalosa, Ricardo y Montalbán (1976). *Historia de la Iglesia Católica*. Tomo II. Madrid: Católica.

Ruano, Eloy Benito (1979). “El mito histórico del año mil”. En *Estudios Humanísticos* 1. pp. 11-32.

Segovia, José de (1999). “Los profetas del fin del mundo”. En *La Aventura de la Historia* 14. Madrid.

Vidal, César (1999). “El día de la Bestia”. En *La Aventura de la Historia* 14. Madrid.

Imágenes

Beato de Liébana. “Los cuatro jinetes”. Revista Historias del Orbis Terrarum. Disponible en: <https://historiasdelorbisterrarum.wordpress.com/2014/02/28/beato-de-liebana-y-los-comentarios-al-apocalipsis-de-san-juan/> (consultado el 15 de febrero de 2012)

Beato de Facundo. “Adoración de la Bestia”. Club Bibliófilo Editorial. Facsímiles de Códices Medievales. Disponible en: <http://www.cbveditores.com/facsimiles/43-beato-de-facundo-beato-de-fernando-i-y-dona-sancha-s-xi.html> (consultado el 15 de febrero de 2012)

Beato de Facundo. “Visión del Cordero”. Club Bibliófilo Editorial. Facsímiles de Códices Medievales. Disponible en: <http://www.cbveditores.com/facsimiles/43-beato-de->

facundo-beato-de-fernando-i-y-dona-sancha-s-xi.html
(consultado el 15 de febrero de 2012)

